

desbarataron á Chernayeff en Kruchevats, y el treinta, tomaron por asalto la plaza de Dyunis, que les abría el camino de Belgrado. Al tener noticia de estos sucesos, Ignatieff, que estaba investido de plenos poderes, dirigió una brutal intimación al sultán, previéndole que, si en el término de cuarenta y ocho horas no concedía el armisticio de seis semanas y trasmitía á sus tropas órdenes perentorias de suspender las hostilidades, se retiraría de Constantinopla con todo el personal de la embajada. La arrogancia del ruso aterró á los ministros de Abd-ul-Hamid. Ignatieff comenzó á hacer enseguida sus preparativos de marcha, repitiendo la maniobra de Mentchicoff en mil ochocientos cincuenta y tres, pero con más fortuna; pues esta vez Turquía, viéndose sola por el momento, no tuvo más remedio que ceder.

Consentido el armisticio por la Puerta, el emperador Alejandro, en una conferencia que celebró en Livadia con el embajador inglés lord Loftus, profirió frases que recuerdan, á pesar de no hablarse en ellas de ningún proyecto de reparto de Turquía, las comunicaciones de Nicolás al embajador Hamilton Seymour. El Czar dijo que la Puerta había inutilizado, con sus manejos, todas las tentativas encaminadas á poner término á la guerra y á afirmar la paz general, y que si Europa estaba dispuesta á sufrir los repetidos desaires del gobierno otomano, él, por su parte, no podía ya conciliarlas con la dignidad, el honor y los intereses de Rusia, añadiendo que anhelaba no tener que separarse del concierto europeo, pero que la situación era insostenible y no debía prolongarse, estando él resuelto á proceder por sí sólo si Europa no obraba con firmeza y energía. Alejandro II, además, quiso convencer á lord Loftus de la falta de fundamento con que se atribuían á Rusia planes y proyectos de conquistas, y exigió de nuevo que se acordasen, en una conferencia internacional, las reformas que era menester introducir en las provincias sublevadas y las seguridades que debía ofrecer Turquía, para proteger los intereses de los cristianos y garantizarlos suficientemente. Estas promesas pacíficas de Alejandro no disiparon la desconfianza de Inglaterra, donde el partido de Gladstone comenzaba á perder terreno. Al enterarse del *ultimátum* ruso, lord Beaconsfield (Disraëli) había mandado á la flota británica del Archipiélago que fondease en Besica, es decir, casi á la entrada de los Dardanelos. Después, el nueve de Noviembre, en un banquete solemne, pronunció un discurso muy belicoso. «Es imposible, dijo, que estalle la guerra. Ahora bien, no hay nadie en el mundo que esté mejor preparado que nosotros para sostenerla. Empeñada la lucha en defensa de nuestro derecho, no vacilaremos en emprender, si fuere preciso, dos ó tres campañas sucesivas». Al día siguiente, el Czar, enterado de estas palabras por el telégrafo, contestaba con otras no menos amenazadoras, declarando, ante los nobles de Moscú, «que si no lograba obtener con el concurso de Europa las garantías que tenía derecho á recabar de Turquía, se hallaba resuelto á obrar por sí sólo, estando cierto de encontrar al país á su lado en la contienda».

Accediendo á los deseos de Rusia, Europa, á propuesta de Inglaterra, había convenido celebrar una conferencia en Constantinopla, para intentar el arreglo de la cuestión de Oriente. Rusia, por si en la proyectada reunión no se alcanzaban resultados positivos, preparábase á todo evento, movilizandole el trece de Noviembre seis cuerpos de ejército, destinados á formar el ejército del Sur, cuyo mando era conferido al príncipe Nicolás, hermano de Alejandro. Tampoco se descuidaba la Gran Bretaña, que trató de ganarse á Alemania para que impidiese á Rusia entrar en campaña, siendo ésta la razón de que el ministro marqués de Salisbury, designado para representar á su patria en la próxima conferencia, recibiera orden de pasar á Berlín antes de trasladarse á Constantinopla. Lord Salisbury se esforzó en demostrar á Bismarck, que era prudente conceder un nuevo plazo á Turquía que le permitiese realizar las prometidas reformas, y que si más adelante se juzgaba preciso emplear alguna medida coercitiva, se adoptara y aplicase por todas las potencias, y no por Rusia exclusivamente. Pero el canciller alemán no se dejó persuadir, respondiendo que, en su concepto, era perfectamente legítima la ocupación de Bulgaria por las tropas rusas, agregando que se hacía mal en temer la ambición de Alejandro II, el cual se mostraría razonable. A los pocos días, el emperador Guillermo manifestaba públicamente que Alemania, careciendo de todo interés en la crisis oriental, se limitaría á procurar que no se alterase la amistad de Austria-Hungría y Rusia, y Bismarck, en un discurso que ha adquirido celebridad, vertía iguales conceptos, protestando de que, á sus ojos, la cuestión de Oriente *no valía los huesos de un sólo granadero de Pomerania*.

Desde el doce al veinte de Diciembre, celebraron los embajadores de las potencias, reunidos en Constantinopla, conferencias previas, en que Turquía no estuvo representada. Habíase convenido, para complacer á Rusia, que en tanto no estuviesen de acuerdo los diplomáticos extranjeros acerca del programa que debía proponerse á la Puerta, no asistirían á las sesiones los ministros del sultán. El día veintitrés se abrió la conferencia en pleno, y en el momento de entregar Chaudordy, embajador de Francia, la decisión de las potencias á los ministros turcos, se oyeron salvas de artillería. Entonces levantóse Safvet-Bajá y, con acento solemne, exclamó: «Esas salvas anuncian la promulgación de la constitución que el sultán otorga al imperio. Este acto cambia la forma de gobierno que ha durado seis siglos, é inaugura una Era nueva para la prosperidad de los pueblos otomanos.» Únicamente los representantes de Inglaterra fingieron tomar en serio aquel último acto de la desvergonzada comedia, con que Midhat-Bajá se burlaba de Europa desde hacía más de un año. La flamante constitución consagraba, en primer término, la indivisibilidad del imperio; establecía un congreso, elegido por escrutinio secreto, y un senado, cuyos miembros nombraba el sultán; declaraba responsables á los ministros; instituía consejos generales y municipales; proclamaba la libertad de la prensa y la de la



enseñanza, el derecho de asociación, la inamovilidad judicial, la igualdad ante la ley, la admisión de todos á los cargos públicos, sin distinción de creencias religiosas, el reparto equitativo de los impuestos, y abolía la corvea, la tortura y la confiscación de bienes.

Según los acuerdos adoptados por las potencias, debía restablecerse el estado anterior á la guerra, tanto en Servia como en Montenegro, concediéndose á la primera, aunque derrotada, Zvornik la pequeña, y al segundo, algunos distritos de Herzegovina y de Albania, con más el derecho de libre navegación por el lago de Scutari y el río de Bojana; se pedía que se dotase á Herzegovina y Bosnia de administración autónoma, y se pusiese á su frente gobernadores cristianos, nombrados por la Puerta y confirmados por las potencias; una y otra tendrían milicias indígenas, y podrían disponer libremente de la mitad de sus rentas; se expresaba, por último, el deseo de que en ellas se usase oficialmente sólo la lengua del país. En cuanto á la parte de Bulgaria situada al norte de los Balkanes, había de ser tratada exactamente como las provincias anteriores, debiendo implantarse en la restante instituciones municipales, administrativas, judiciales y aun militares, que defendiesen del imperio de la arbitrariedad á la población cristiana. Tropas belgas habían de ocupar los territorios mencionados hasta la realización de las reformas, de cuya inspección quedaría encargada una comisión internacional. Los ministros del sultán recurrieron á mil subterfugios y sacaron partido de la promulgación de la ley constitucional, para no dar respuesta categórica. Con esta conducta, tan poco franca y leal, el gobierno otomano más bien perjudicaba que favorecía su causa. Comprendiéndolo Rusia, juzgó prudente afectar cierta moderación. Ignatieff depuso su aspereza, mostrándose relativamente conciliador y flexible. En suma, tras mucho discutir, la conferencia substituyó el programa primitivo con otro algo menos radical. Dejábase, en efecto, para negociaciones ulteriores lo tocante al aumento de territorio de Servia y Montenegro; se consentía en que las grandes potencias no fuesen consultadas sino los cinco primeros años acerca del nombramiento de los gobernadores cristianos de Bosnia y Herzegovina; renunciábase á dividir la Bulgaria; se accedía á que, en las provincias autónomas, las milicias no fuesen exclusivamente cristianas, y á que la lengua turca se emplease como la eslava; otorgábase á la Puerta un plazo de tres meses para plantear las reformas, y finalmente, se le permitía estar representada en la comisión inspectora internacional.

El quince de Enero de mil ochocientos setenta y siete, presentaron las grandes potencias á la Puerta las nuevas proposiciones. Cuerdo habría sido en el gobierno otomano el ceder, é Inglaterra hubiese debido aconsejarle en tal sentido, supuesto que quería evitar la guerra; pero Turquía creyó que se trataba de una de tantas amenazas que se desvanecería sin consecuencias, y la Gran Bretaña se contentó con declarar al sultán que le dejaba la entera responsabilidad de sus resoluciones, manifestando al par á las demás potencias su propósito de no coadyuvar á la ejecución de ninguna medida coercitiva contra la

Puerta. Resultó, pues, que Abd-ul-Hamid y sus consejeros decidieron rechazar terminantemente las condiciones propuestas. Siguiendo la conducta observada en otras crisis análogas, el divan convocó un gran consejo, del que formaron parte, en número de más de doscientos, los dignatarios cesantes y en activo servicio y los representantes de las asociaciones cristianas y judías. Midhat-Bajá comenzó por exponer la gravedad de la situación, porque si se aceptaba el programa de las potencias, el imperio otomano cesaría de ser independiente, y de no admitirlo, los embajadores saldrían de Constantinopla; hablaron enseguida varios mahometanos y adeptos de otras religiones, y todos á una abogaron enérgicamente por oponer la más rotunda negativa á las proposiciones de la conferencia. Tal fué el acuerdo definitivo que Sefvet-Bajá comunicó oficialmente á los diplomáticos el veinte de Enero, aunque manifestándose dispuesto á aceptar el programa, si se segregaban de él los dos puntos que peor efecto habían producido, y eran los relativos al nombramiento de gobernadores y al establecimiento de la comisión internacional, indicando que, en lugar de esta última, podrían crearse dos, compuestas de mahometanos y de cristianos turcos, una para Bosnia y Herzegovina y otra para Bulgaria. Los embajadores partieron de Constantinopla, profiriendo Ignatieff mal encubiertas amenazas. A pesar de ellas, el gobierno turco persistió en su actitud intransigente, que dió á conocer á Europa en su circular de veinticinco de Enero. A los pocos días, el sultán Abd-ul-Hamid, como si quisiese mostrar la ninguna importancia que tenía á sus ojos la fantasmagoría constitucional, arrojaba del poder á Midhat-Bajá, principal autor de la farsa.

Esperábase ver tomar á Rusia una grave determinación, y, efectivamente, el treinta y uno de Enero, Gortchakof se dirigía á las grandes potencias preguntándoles qué conducta pensaban seguir para hacer entrar en razón á la Puerta, cuya mala fe ponía de manifiesto: el canciller ruso no ocultaba que su gobierno obraría por su propia cuenta, caso que se negaran las demás naciones á secundar su iniciativa. No ignoraba Gortchakof que podía emplear, sin riesgo, este lenguaje altanero. Bismarck ganaba al gobierno de Roma para la causa de Rusia, atrayéndole con el señuelo de sacar algún beneficio del reparto del imperio otomano. Francia se esforzaba en demostrar sus simpatías al gabinete de San Petersburgo, y Austria-Hungría acababa de entenderse secretamente con el Czar, que por de pronto nada tenía que temer de aquella potencia. Por este acuerdo, puramente confidencial, cuyo instigador había sido el canciller alemán, que en su astuta política empujaba á Rusia á la guerra, Francisco José se comprometía á permanecer neutral, reservándose tan sólo el derecho de ocupar las provincias occidentales de la Península balcánica, *si llegaban á producirse ciertas eventualidades*. Las condiciones de la neutralidad de Austria eran las siguientes: primero, ningún gobierno pretendería arrogarse el protectorado exclusivo de las poblaciones cristianas del imperio turco,